

PARÍS, 4 de Octubre.

Calmado el furor de la revolución francesa, sucedió lo que sucede siempre después de las revoluciones. La sociedad se dividió en bandos: unos dirigieron amorosamente sus ojos hacia las creencias y las instituciones antiguas, acometiendo la ardua empresa de restaurarla; otros se declararon abiertamente por las doctrinas que habían traído sobre la Francia los últimos trastornos; y otros, en fin, declarándose á sí propios jueces de esta contienda, procuraron una transacción entre las partes, afirmando que podían vivir en la sociedad, ordenada y juntamente, la libertad y el orden, la Monarquía y la democracia. Andando el tiempo, estas tres opiniones diferentes se transformaron en otras tantas escuelas, conviene á saber: la católica, la ecléctica y la revolucionaria. Esta última fué la menos numerosa, porque la revolución, que era su símbolo, acababa de dar ejemplo al mundo de todos los desmanes y de todos los furores; la católica alcanzó un inmenso poder, porque tuvo de su parte el prestigio de los más grandes recuerdos; la ecléctica se adelantó sobre todas y consiguió alcanzar el imperio, porque, no habiéndole alcanzado nunca hasta entonces, ella sola podía afirmar que no había tenido partè en los errores pasados ni en los pasados extravíos ¹. La católica debió de prevalecer sobre la revolucionaria, porque los desengaños pasados no tienen la misma fuerza de repulsión que los desengaños presentes;

¹ Adviértase que Donoso confunde aquí á la escuela católica con los Gobiernos que precedieron á la revolución, ó sea con el llamado "antiguo régimen," y que, partiendo de esta confusión, imputa á dicha escuela, que como católica es inocente y pura, y profesa la verdad que salva, lo que sólo es imputable al "antiguo régimen." — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

pero la ecléctica debía de prevalecer sobre las otras dos porque ella sola no había dejado en pos de sí un enojoso desengaño, y porque ella sola podía suministrar á los ánimos inquietos el consuelo de la esperanza.

El representante más notable de la escuela revolucionaria considerada bajo el aspecto filosófico, fué Broussais. Los más afamados campeones de la escuela católica fueron el Conde José de Maistre, Bonald y Lamennais. Los profesores más insignes de la escuela ecléctica fueron Royer-Collard, Cousin, Jouffroy y Guizot. No es mi ánimo examinar aquí estas escuelas en su índole y en su historia; más adelante, si mis ocupaciones me permiten vacar á este género de estudios, consagraré algunas cartas al análisis comparado de sus doctrinas y á la curiosa relación de sus vicisitudes. Hoy sólo me propongo hablar de la escuela ecléctica, y de ella diré solamente lo que baste para derramar alguna luz sobre la fisonomía intelectual de Mr. Guizot, que fué desde luego y es hoy día uno de sus más ilustres campeones.

Mr. Guizot, al elegir la escuela ecléctica entre las tres que llevo mencionadas, no hizo otra cosa sino conformarse con unas doctrinas que él hubiera sido el primero en proclamar si por ventura no hubieran existido. Con efecto; hijo de padres que profesaban la religión protestante en medio de un pueblo católico, debía procurar el triunfo de la libertad y de la tolerancia, esas dos áncoras de salvación, esas dos condiciones de existencia de todas las minorías; hijo de un padre que había dejado la cabeza en manos del verdugo, debía protestar contra la tiranía de las revoluciones; ahora bien: pedir por una parte la libertad y la tolerancia, y protestar por otra contra la tiranía revolucionaria, es proclamar el eclecticismo, porque es proclamar la conciliación de la libertad y del orden. Si á esto se añade que Mr. Guizot comenzó á vivir la vida de la inteligencia en una época en que las instituciones fundadas sobre principios absolutos iban notoriamente de vencida, aparecerá claro á todas luces que Mr. Guizot, al elegir el eclecticismo por

bandera, eligió la bandera que no podía menos de elegir, atendida la naturaleza de las cosas ¹.

Mientras que Royer-Collard, Cousin y Jouffroy penetraban con la luz del eclecticismo en los senos oscuros de la Filosofía, Mr. Guizot acometió la empresa de penetrar con esa luz en las apartadas regiones de la Historia ². Considerado como historiador, ni aun sus más implacables enemigos pueden negarle uno de los primeros lugares entre los renovadores de los estudios históricos. Su talento no es extenso ni elevado, pero es lúcido y profundo; su estilo no es elocuente en la acepción vulgar de esta palabra, pero tiene aquella firmeza reposada y dogmática que es la elocuencia de la razón, la elocuencia de los historiadores; cuando examina un período histórico, no acude para explicarlo á aquellas ideas trascendentales, á aquellas leyes primitivas y eternas por las que se gobierna el género humano. Mr. Guizot no conoce esas leyes, ignora cuál es el destino de la humanidad, y no se cuida de averiguar de qué manera contribuye cada pueblo á la realización de ese destino. Pero en cambio no hay ningún historiador en Europa que sepa caracterizar como él un período histórico dado; ninguno que tenga su sagacidad para distinguirlo de los períodos que le siguen y de los períodos anteriores; ninguno que éntre tan adentro en el estudio de la vida interior del pueblo que tiene delante de sus ojos; ninguno que pueda competir con él en el arte de restaurar su fisonomía.

Si queréis averiguar por ventura cuál es la acción de la Providencia en los acontecimientos humanos, no os dirijáis á Mr. Guizot, que no sabe escribir puestos los ojos en el Cielo; dirigiós á San Agustín ó á Bossuet, y os mostrarán el dedo augusto de Dios señalando los círculos que ha de describir la Historia. Si queréis averiguar cuáles son los rumbos que lle-

¹ Otra vez el empeño de explicar por causas necesarias hasta los errores y extravíos de los hombres, signo cierto de liberalismo.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² El eclecticismo no es luz, sino caos y confusión, y los filósofos é historiadores eclécticos inteligencias que, buscando la verdad en todos los errores, no aciertan á concebir cosa alguna que no sea error.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

va el género humano, cuáles son las leyes por las que se rige su infancia, su virilidad y su decrepitud, no os dirijáis á monsieur Guizot, porque sus ojos no abarcan ni la inmensidad de los tiempos ni la redondez de la Tierra; dirigiós á Vico, á quien una hora basta para ver el curso sosegado, inmenso del río de la Humanidad, y para penetrar en sus misteriosas fuentes, escondidas más allá de los inciertos albores de la Historia y de las ráfagas de luz intermitentes y engañosas de la fábula. Pero si queréis averiguar cuáles son los gérmenes de civilización que se esconden en la noche que cubre á la Europa después de la destrucción del Imperio romano; si queréis averiguar cuál es la índole rica, variada y complexa de los tiempos feudales; si queréis averiguar la parte en que contribuyen á la civilización el elemento bárbaro ¹, el elemento romano y el elemento católico; si queréis averiguar de qué manera va saliendo la Europa de su confusión primitiva merced á un trabajo interior, laborioso pero fecundo, lento pero continuo, que se revela á los ojos del historiador por una sucesión no interrumpida de gloriosas emancipaciones; si queriendo, en fin, averiguar cuál es la historia de esas emancipaciones magníficas, preguntáis por qué causa, en qué tiempo y de qué manera los Reyes se emanciparon de los barones y las ciudades de los barones y los Reyes; por qué causa, en qué tiempo y de qué manera los esclavos se emanciparon del terruño y se transformaron, primero en vasallos de los Príncipes, y después en representantes de los pueblos en las Asambleas deliberantes; y por qué causa, en qué tiempo y de qué manera la razón rompió las ligaduras del escolasticismo ², el derecho común las trabas del privilegio y la industria las cadenas del monopolio; y, finalmente, de qué manera, de estas transformaciones sucesivas y

¹ Cuanto á la parte que atribuyó Guizot al elemento bárbaro en la civilización europea, véase *El Protestantismo*, etc., de nuestro insigne Balmes, y en él la impugnación luminosa é irrefragable del escritor protestante francés.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No es extraño que hablara así de la Escolástica, en que no estaba por ventura iniciado, muchos años antes de la restauración de esta única verdadera filosofía, sellada y confirmada por el sapientísimo León XIII en su inmortal Encíclica *Aeterni Patris*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de estas pacíficas revoluciones, han venido las sociedades á ser lo que hoy día son, ricas, ordenadas y libres¹, dirigíos á monsieur Guizot, porque ninguno de los historiadores modernos puede satisfacer tan cumplidamente á esas preguntas.

Mr. Guizot debe su gloria de historiador á la filosofía ecléctica, que ha sabido aplicar con un arte maravilloso á la Historia. Los filósofos del siglo XVIII suprimían las opiniones que no estaban en consonancia con las suyas; siguiendo el mismo rumbo sus historiadores, suprimían los hechos que no estaban en consonancia con su filosofía. Voltaire no alcanzó á ver sino un solo hecho durante la prolongación de los siglos que corren desde la destrucción del Imperio romano hasta el renacimiento de las letras²; el hecho de la tiranía pontifical pesando igualmente sobre los pueblos y los Tronos. Helvecio se lamentaba de ver ocupado á Montesquieu en derramar toda la luz de su ingenio sobre los siglos bárbaros indignos de la atención de los verdaderos filósofos, y en los cuales no pudo ver sino un paréntesis de la Historia. Hasta el mismo Gibbon, en su *Historia de la declinación y caída del Imperio romano*, monumento magnífico y colosal, que no será nunca bastantemente admirado y encarecido por la grandeza de sus proporciones y por la belleza y solidez de su estructura, no hace mención del Catolicismo sino para dirigirle algunas frases desdeñosas y para relegarle al obscuro panteón de los delirios humanos. El fanatismo procede siempre por medio de la *supresión* de todas las resistencias: el filosófico suprime las ideas, el histórico los hechos, el político los hombres; por esta razón el siglo XVIII, que tuvo todos los fanatismos, suprimió con el filosófico el alma, y no consideró en el hombre sino una organización inteligente; con el moral, la religión, y no consideró en las acciones sino su consonancia ó desacuerdo con las opiniones y las costumbres recibidas; con el histórico, todos los hechos que declaran la

1 Y corroidas por la lepra de la irreligión y de la inmoralidad que es consiguiente y miserables y abocadas á los horrores del socialismo evocado por las libertades modernas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Pero eso no es hecho, sino infame calumnia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

acción benéfica de la Religión y la tutelar y civilizadora de los Reyes; con el político suprimió la cabeza de Luis XVI, y las de los girondinos y las de los sospechosos de desafección á la tiranía convencional, y gobernó como los fanáticos gobiernan, es decir, *suprimiendo*, suprimiéndolo todo, menos los instrumentos de sus supresiones: la guillotina y el verdugo.

La filosofía ecléctica proclamó en alta voz el principio de que era necesario poner fin á todas las supresiones conocidas hasta entonces, y de que era necesario reemplazarlas con una sola supresión; conviene á saber: la supresión del fanatismo. La supresión del fanatismo, la supresión de todas las supresiones fanáticas, es, si bien se mira, lo que constituye la filosofía ecléctica¹. El principio por ella proclamado llevaba consigo una revolución radical en los estudios filosóficos, históricos, políticos y morales; en los estudios filosóficos debían renacer las ideas espiritualistas², suprimidas violentamente por un materialismo grosero; en los históricos debían revivir los hechos pertenecientes á las épocas llamadas de barbarie y á las épocas monárquicas y religiosas; hechos que habían sido suprimidos violentamente por un fanatismo insensato; en los políticos debía verificarse una restauración de las ideas de libertad y tolerancia, ideas que habían sido violentamente suprimidas por los tiranos modernos, conocidos con el nombre de tribunos; en los morales, en fin, debía revivir el culto de una religión divina, que es la única sanción de las acciones humanas, y que había sido suprimida violentamente también por un fanatismo estúpido y ateo.

Mientras que Mr. Royer-Collard y Mr. Cousin acometían la empresa de la reformation de los estudios filosóficos, y monsieur Jouffroy la de la reformation de los estudios morales³,

1 Falsísimo concepto del eclecticismo, cuya tendencia no es á suprimir el fanatismo, sino á destruir el Catolicismo, y con él el orden sobrenatural y todo lo que hay de grandemente bello y honesto sobre la tierra.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 Estas ideas no tuvieron que renacer, pues nunca murieron en la enseñanza de la Iglesia en sus seminarios y escuelas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

3 Lo que llama aquí Donoso "reforma de los estudios filosóficos", no fué sino copia

Mr. Guizot se consagró á la reformación de los estudios históricos y políticos, á la restauración de la Historia y á la organización de un nuevo Gobierno.

La aplicación del método ecléctico al estudio de la Historia sirve para explicar cumplidamente aquella alta imparcialidad que es fuerza reconocer en Mr. Guizot cuando llama delante de sí, unos después de otros, todos los hechos que contribuyen á restaurar la fisonomía de aquellas épocas históricas olvidadas de todos los historiadores franceses del siglo XVIII. Monsieur Guizot no suprime la Iglesia ni el Municipio, ni la ciudad, ni la aristocracia, ni la democracia, ni la Monarquía. No suprime los restos de la civilización imperial, ni los gérmenes de la civilización que estaban como dormidos y ocultos en las entrañas de los pueblos bárbaros, ni la civilización pontifical, ni la obscura y perezosa organización del feudalismo, ni el magnífico desarrollo de las instituciones municipales y monárquicas; y no suprime nada de eso porque la civilización actual es el resultado lógico, inevitable, de la acción simultánea de todos esos gérmenes desarrollados, de todos esos elementos unidos, de todas esas civilizaciones incompletas y parciales.

De esta manera ha aplicado Mr. Guizot el eclecticismo á la Historia; en la carta próxima examinaré de qué manera le ha aplicado á los estudios políticos y á las materias de Gobierno, y en otra que publicaré después, y que será la última que consagrare á este asunto, procuraré descubrir lo que tiene de falso y de incompleto la filosofía ecléctica, y lo que Mr. Guizot, considerado como historiador y como político, tiene de incompleto y de falso.

de los falsos filósofos escoceses y alemanes; y lo que llama "reforma de los estudios morales," puro racionalismo aplicado á la moral.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 8 de Octubre.

La primera restauración de los Borbones no fué más que un vano simulacro que desapareció como una sombra y se disipó como un sueño. Apenas saludó las riberas de la Francia el gigante que era el prisionero de la Europa, cuando la nación, como fuera de sí misma y olvidada de sus Reyes, salió á recibir las águilas imperiales. Luis XVIII volvió á pisar el suelo extranjero, y Napoleón volvió á sentarse en el Trono que había levantado como monumento de su gloria.

La escuela ecléctica nada podía esperar de un hombre que al dogmatismo desdeñoso de su razón unía el inflexible de la espada. Napoleón gobernaba organizando, pero también gobernaba suprimiendo todos los entendimientos y toda las voluntades que no se consagraban al servicio de su persona. Si su poder hubiese sido igual á su deseo, para suprimir la idea de la legitimidad hubiera suprimido todas las ideas, y para suprimir la Revolución y la Monarquía hubiera suprimido la Historia. La Francia no debía tener más que una cabeza, un entendimiento, una voluntad, un brazo, y él se consideraba á sí mismo como el brazo, la voluntad, el entendimiento y la cabeza de la Francia. Todo lo que no iba á absorberse en ese panteísmo imperial, debía ser suprimido; el mundo no quiso dejarse absorber, y por eso armó guerra á todas las naciones; si su poder hubiera sido tan inmenso como su ambición, hubiera conquistado ó hubiera suprimido el mundo. No contento, en sus aspiraciones gigantescas, con ser una nación, hubiera querido ser el género humano.

La filosofía revolucionaria enmudeció con la restauración imperial, como había enmudecido durante el Imperio; la cató-